

Conociendo a los intelectuales de Quilpué

Con el propósito que la comunidad de Quilpué conozca a las personas que han immortalizado sus paisajes y sus recovecos, a continuación damos a conocer a un grupo de intelectuales que hicieron de los rincones de la ciudad del sol su fuente de inspiración, tanto en la pintura, poesía, escritura y periodismo que, con sus obras, han guiado a otros por terrenos antes vírgenes para el pensamiento y la belleza.

Entre ellos destacan Daniel de la Vega, Joaquín Edwards Bello y el pintor Raimundo Monvoisin. Asimismo podríamos nombrar a otros como Fernando Durán Villarroel o Carlos León.

DANIEL DE LA VEGA URIBE

Nació en Quilpué el 30 de junio de 1892, hijo de Daniel de la Vega y Agustina Uribe. Estudió sus humanidades en el Instituto Alemán de Valparaíso. Son muchas las referencias a su niñez

y adolescencia, a sus padres, los conocidos de sus primeros años, en sus libros y especialmente en sus «Memorias de un chiquillo de Provincia».

A los 18 años se hallaba en la capital; leía y escribía apasionadamente como si le fuera a faltar el tiempo.

Fernando Santiván le dedica un afectuoso capítulo en sus Confesiones donde se puede leer: «Vivía Daniel de la Vega en una época de lirica embriaguez. Pocos escritores he conocido con amor más grande por la profesión. Amaba los versos y al mismo tiempo, la carilla de papel en que se escribían. Lo embriagaban el ambiente literario, las charlas de café, las interminables discusiones en un cuarto de escritor bohemio, fumando en pipa detectables tabacos; las visitas a los camarines de artistas y a los talleres de escultores, las trasnochadas deambulantes y frenéticas, las acrobacias del pensamiento». Grandes pensamientos guiaban la pluma de un po-

ma titulado Súplica por el niño ausente.

Señor, no está conmigo. Tu mano me lo debe.

¡Señor, anda distante por el mundo, y es mío!

¡Señor, si él te lo pide, entibale la nieve, párale el sol y tuércele la carrera del río.

Señor, es carne mía, y que lejos camina...

¿Para qué me das este paisaje, y esta luna y esta calma de seda y esta dulce colina? son de él estas bellezas. Yo no quiero ninguna.

Daniel de la Vega se refleja aquí a la naturaleza a la que evoca en relación a un hijo; la quiere suave y dulce para que todo en la vida sea fácil; a él mismo le sobran la luna, la colina, la calma, el verano, mientras se halla solo.

Pero tampoco el poeta olvidó esos días de juventud tan apasionados y febriles. Escribe recordando: «La alegría y la fraternidad de la juventud de entonces, y la adhesión de todos a la

fiesta de los estudiantes, fueron posibles porque aún no se habían desbordado las pasiones políticas. La izquierda y la derecha aún no habían dividido el mundo en dos fuerzas irreconciliables. Todavía había mucha gente neutral, mucho hombre que sólo se interesaba por su trabajo o por un deporte, o por su arte, o por su fiesta. Además, la vida era más fácil entonces. No se luchaba por el dinero con tanta ferocidad como ahora, y se podría vivir en una forma más despreocupada y juvenil».

Con gran entusiasmo y desde bastante joven se entrega a su vocación de artista. Su producción se esparció en revistas, diarios y libros creciendo rápidamente su popularidad. Ésta llegó a tanto que en 1918 se realizó una encuesta para saber quién era el más popular de nuestros poetas. El resultado fue inobjetable: Daniel de la Vega por cuantiosa mayoría.

Al morir su padre, tuvo que comenzar a ganarse la vida, afrontar responsabilidades, tratar de que el trabajo no le apartara de cuanto le era verdaderamente grato. Encontró en el periodismo lo que necesitaba

para subsistir, sin alejarse de sus íntimas predilecciones. No fue fácil en un principio pero, el escritor poseía además de incuestionable talento, un corazón animoso, una voluntad recia. La quebra del diario «La Matana», por ejemplo, rudo golpe para su ambición de abrirse camino, fue más bien un acicate. Trabajó con mayor confianza que nunca. Al cabo de un tiempo dirigía la revista Zig-Zag, colaboradora en «El Mercurio», comenzaba su labor en «Las Últimas Noticias», sólo interrumpida por la muerte.

La multiplicidad de su valiosa producción en la novela, el cuento, el teatro, la fina crónica periodística, fue afirmando cada vez más su nombre.

En 1942 obtuvo el Premio Ateneo. 1953, mientras se hallaba en España desempeñando el cargo de Agregado Cultural en nuestra Embajada en Madrid, recibió la noticia de que se le otorgaba el Premio Nacional de Periodismo.

Encontrar sus principales obras es una ardua tarea por la innegable y reconocida calidad de cada una de ellas. Pero puestos a la labor podemos decir que entre sus poemas se encuentran «Los Momentos»

(1918), «Las montañas ardientes» (1919), «Romance» (1934), «La Quintrala, poemas dramáticos» (1936) y «Reino de angustia» (1939).

Entre sus novelas se encuentran: «La luna enemiga» (1920), «Café y Abel y una mujer» (1933).

En el área de los cuentos: «La muchedumbre ahora es triste» (1935), «Marta Lerroux y otras amigas» (1938), «La sonrisa con lágrimas» (1941), «La comarca nocturna» (1943).

Finalmente, en el teatro: «El bordado inconcluso» (1913), «Cielito» (1919), «El rival» (1919), «Frustración» (1929), «Fantasma» (1928), «El ideal» (1932), «La luna de papel de estudio» (1932).

Al pensar que ésta constituye una parte de lo escrito por Daniel de la Vega, se ve claramente que junto a su calidad, este autor usó una extensa obra.

Fuente: «Historia General de Quilpué» de los autores Francisco Astudillo Tapia y Carlos Ruiz Tagle Vial

Conociendo a los intelectuales de Quilpué. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Conociendo a los intelectuales de Quilpué. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)